

LECCION XLVII.

PREPARACION DEL MESÍAS.

Historia de Tobías.— Fin de la Providencia en la dispersion de las diez tribus, y en su larga permanencia entre las naciones infieles.— Nacimiento de Tobías.— Le llevan cautivo.— Su conducta en Nínive.— Pierde la vista.— Se ve en peligro de morir.— Advertencias que hace á su hijo.— Viaje del jóven Tobías.— Se casa éste con Sara.— Vuelve al lado de su padre.— Muerte de Tobías el padre.— Bendice Dios á su familia.

Asur, dice el Señor, es la vara de mi cólera. En efecto, hemos visto que la gran monarquía de los asirios fue el instrumento de que se sirvió el Señor para castigar el reino de Judá siempre que éste trató de olvidar la gran promesa del Redentor y entregarse al culto de los ídolos. Dios empleó el mismo poder para castigar el reino de Israel: Salmanasar se llevó cautivas las diez tribus culpables de idolatría; pero el Señor, que sabe sacar bien del mal, hacía que su castigo cooperase al cumplimiento de su grandioso designio.

Es verdad que no habia confiado á las diez tribus separadas el depósito de las promesas; no obstante debian contribuir para preparar el reinado del Mesías, y los asirios les ayudaron, sin saberlo, á cumplir esta mision providencial. Creian llevar á Nínive un pueblo de cautivos tan solo, y llevaron un pueblo de misioneros, porque Dios permitió la dispersion y la larga permanencia de las diez tribus entre los asirios, para esparcir por las naciones de Oriente, ó para despertar en ellas el recuerdo y el conocimiento del Libertador futuro.

Este fin de la Providencia está consignado en términos expresos en los Libros santos. Uno de los cautivos de Nínive, inspirado por Dios, decia á sus hermanos: *Hijos de Israel, ensalzaed al Señor y dadle gloria en presencia de las naciones; él os ha dispersado entre los infieles que no le conocen, para que conteis sus maravillas y les hagais saber que no hay otro Dios mas que él*¹.

¹ Tob. XIII.

El profeta que nos revela tan claramente el designio del Señor, es el santo varon Tobías, que fue uno de los mas celosos predicadores de la gloria de Dios entre los asirios. Como preparador evangélico contribuyó, aun mas por el brillo de sus virtudes que con sus palabras, á darles á conocer la verdadera religion, cuyo primer artículo era la expectacion del Mesías. Oigamos, con el mayor deseo de sacar provecho de ella, su interesante historia.

Tobías era descendiente de la tribu de Neftalí y de la ciudad del mismo nombre, situada en la parte superior de la alta Galilea; perdió muy pronto sus piadosos padres; pero, aunque era el jefe de familia mas jóven de toda la tribu, fue el único á quien no pudo corromper el general contagio. En tanto que sus compatriotas iban en tropel á adorar los becerros de oro que Jeroboam habia mandado erigir en Dan y en Betel, iba él á Jerusalem á adorar al Dios desus padres. Su infancia y su juventud transcurrieron en el ejercicio constante de todas las virtudes, y cuando llegó á una edad mas madura, se casó con una jóven de su tribu llamada Ana, de la cual tuvo un hijo á quien dió su nombre, y que siendo el objeto de su cariño, lo fue aun mas de sus cuidados y vigilancia: le enseñó á temer á Dios desde su niñez, y á huir de toda especie de pecado.

El ejército de Salmanasar, rey de Asiria, acometió á Israel y asoló el reino de Samaria. El santo varon, envuelto en la desgracia general de su nacion, fue llevado cautivo á Asiria con su esposa y su hijo. Siguió en su cautiverio la misma conducta que en Israel: el ejemplo de sus propios hermanos no le habia seducido, y no pudo corromperle tampoco el de los extranjeros. Acostumbrados desde mucho tiempo los demás israelitas á quebrantar la ley de Dios, comieron indiferentemente de todos los manjares de que se alimentaban los gentiles; mas el fiel Tobías no se deshonoró jamás con semejante crimen, y, tan caritativo hácia sus hermanos, como puntual observador de su religion, distribuia entre sus desgraciados compatriotas los escasos recursos que habia podido llevarse consigo.

El Señor hizo que hallase favor delante de Salmanasar, en recompensa de su fidelidad. Viendo con interés la caridad de su cautivo, aquel Príncipe le dió diez talentos de plata, y, lo que Tobías preferia aun mas, el permiso de ir á donde quisiera y hacer cuanto fuese de su agrado. Tobías se aprovechó de su libertad para visitar á sus hermanos y llevarles socorros y consuelos.

Habiendo ido hasta Rages, ciudad de los medos, á donde habia

sido transportada una parte de los cautivos, hizo un acto heroico de generosidad que fue para él, si no el origen principal, al menos la ocasion de las maravillas por medio de las cuales se preparaba el Señor á recompensar su virtud. Encontró en aquella ciudad un gran número de israelitas de su tribu, entre otros uno de sus parientes llamado Gabelo, virtuoso y pobre á un mismo tiempo, que necesitaba un pronto auxilio, y no sabia á quién pedirlo: Tobías le prestó los diez talentos que le habia dado el Rey, dándole Gabelo un escrito en que se comprometia á devolvérselos.

Salmanasar murió en tanto, y su hijo Sennaquerib, heredero de su corona, no lo fue de su dulzura para con los hebreos, á los cuales odiaba. Esta disposicion del Rey fue para Tobías un nuevo motivo de aumentar sus atenciones. Todos los dias visitaba á los parientes necesitados que tenia en Ninive: les consolaba, partia con ellos los escasos medios que le quedaban, y enterraba á los que habian muerto de enfermedad ó violentamente; porque vencido Sennaquerib, en una sangrienta batalla, descargó su furor contra los israelitas, de los que mandó matar una gran multitud con orden de dejar sus cadáveres insepultos.

Tobías supo esta prohibicion, y conoció todo el peligro á que se exponia; pero nada pudo contener su piadoso valor, y continuó enterrando los cadáveres de los que eran pasados á cuchillo. Sennaquerib tuvo noticia de esta infraccion de su ley; condenó á muerte á Tobías y confiscó todos sus bienes. El santo varon se vió precisado á emprender la fuga y ocultarse con su esposa y su hijo; pero habiendo sido muerto en tanto el perseguidor, regresó á Ninive, y recibió del nuevo monarca sus bienes confiscados y su antigua libertad. Al momento se renovaron sus liberalidades.

Mas de cincuenta años de una vida de buenas obras y de virtud exigian al parecer su recompensa, pero las miras del Señor sobre sus Santos son muy diferentes de las de los hombres; despues de mil pruebas generosamente sostenidas, en vez de los favores que para ellos esperamos, les destina nuevos combates que enriquecen su corona perfeccionando su virtud. Tobías habia sufrido pérdidas en sus bienes y en su libertad, pero no habia padecido su persona, y le faltaba este último rasgo de semejanza con los antiguos héroes de quienes era imitador.

Acostumbraba el santo Tobías, segun el espíritu de la ley, dar en su casa en el dia de las grandes festividades modestos festines, en

que los convidados manifestaban al Señor su reconocimiento con una alegría enteramente religiosa, y los pobres de la nacion tenian siempre la mejor parte. Tobías llamó á su hijo, en una de estas fiestas, despues de haber preparado su comida ordinaria, y le dijo: Marcha, hijo mio, y convida á comer con nosotros á algunos de nuestros hermanos temerosos de Dios. El jóven Tobías ejecutó el mandato de su padre, y al volver le anunció que acababa de ser muerto un hijo de Israel.

Al oír esta noticia, Tobías se levanta de la mesa, corre al sitio donde estaba el cadáver, lo carga sobre sus hombros, y lo lleva secretamente á su casa para enterrarlo despues de puesto el sol. Vuelve en seguida á reunirse con sus amigos, y come algunos pedazos de pan, que empapa con sus lágrimas.

Manifestáronle los peligros á que se exponia; pero el caritativo Tobías, temeroso de Dios mas que del rey, continuaba practicando siempre esta obra de misericordia. Habiéndose cansado en extremo un dia el venerable anciano enterrando los cuerpos de los israelitas, volvió á su casa con tan pocas fuerzas que se vió obligado á tenderse al pié de un muro, donde se durmió sin precaucion. Allí le esperaba la Providencia. Cayeron de un nido de golondrinas sobre sus ojos inmundicias recientes de estas aves, cuyo calor y acrimonia le hicieron perder la vista en un momento. Tobías habia sido un modelo de temor de Dios desde su infancia, y lo fue de paciencia en la adversidad.

Los parientes de Tobías, parecidos á aquellos reyes amigos de Job que insultaban la desgracia de aquel ilustre afligido, llevaron su crueldad hasta el extremo de burlarse de la regularidad de su vida y la vanidad de sus esperanzas; pero, á ejemplo de Job, Tobías buscaba su consuelo en los grandes pensamientos de su fe, y se contentó con decir á sus parientes: No habléis de ese modo; somos hijos de los Santos, y esperamos la vida bienaventurada que el Señor ha prometido á los que le guarden fidelidad.

Pobre, abandonado y ciego, solo vivia de la reducida ganancia que producía á su esposa Ana el trabajo de sus manos. Un dia recibió en pago de su labor un cabrito que llevó á su casa. Tobías oyó balar á este animal, que ignoraba si le pertenecia, y dijo á su mujer: Mira si ese cabrito ha entrado furtivamente en casa, y devuélvelo á su amo. La esposa de Tobías se exasperó con la escrupulosa delicadeza de su marido, y se arrebató contra él, y hasta con-

tra la Providencia. Tobías, á ejemplo de Job, y sometido á la misma prueba, se dirigió llorando al Dios de los consuelos, y se contentó con decir: Sois justo, Señor, y vuestros juicios están llenos de equidad.

Creendo Tobías que en lo sucesivo seria inútil á sus hermanos, suplicó al Señor que le llamase á su lado, y se lisonjeó de que iba á ser atendido su ruego. Halagado por esta esperanza, llamó á su hijo y le habló como deberian hablar todos los padres cristianos antes de morir. Oye, hijo mio, le dijo, las últimas palabras de tu padre; sean para tí la norma de tu conducta. Cuando Dios haya recibido mi alma, da sepultura á mi cuerpo. Honra á tu madre todos los dias de tu vida; no olvides jamás los peligros y las penas que le has costado, y cuando haya terminado su camino en la tierra, entiérrala á mi lado.

Ten presente á Dios en el alma todos los dias de tu vida, y ten cuidado de no consentir jamás en el pecado. Haz limosna de tus bienes, y no apartes los ojos de ningun pobre, pues de este modo merecerás que los ojos del Señor no se aparten nunca de tí. Si tienes mucho, da mucho; si poco, da gustoso de lo poco que tengas. Usarlo así, es hacerse un tesoro para los dias de necesidad, porque la limosna expia el pecado y libra de la muerte. Vela sobre tu corazon, y teme hasta el principio de la inclinacion que conduce al crimen. No toles que nunca te domine el orgullo, porque con él empieza la perdicion. No hagas á los demás lo que no quisieras te hicieran á tí. Toma siempre consejo de un hombre prudente. Bendice al Señor en todas las ocasiones, y ruégale que te dirija en todas tus sendas.

Así coloca el santo varon en primera línea todos los grandes deberes, lo mismo que todos los grandes intereses de su hijo, y no le dijo hasta el fin: Cuando estabas aun en la cuna presté á Gabelo diez talentos de plata. Vive en Rages, ciudad de los medos, y tengo su recibo. Mira cómo puedes hacer este viaje para cobrar de Gabelo los diez talentos y devolverle su escritura obligatoria. Nada temas, hijo mio; somos pobres, pero siempre tendremos bastante si tememos á Dios, si evitamos el pecado, y si practicamos las buenas obras.

Haré, padre mio, respondió el jóven Tobías, todo lo que me habeis recomendado, y lo único que no sé es cómo recobrar el dinero. Gabelo no me conoce, y ni aun sé el camino que conduce á Rages. Hijo mio, tengo su escritura; no has de hacer mas que en-

señársela, y estoy seguro de que te entregará los diez talentos. Busca entre nuestros hermanos un guia fiel que te acompañe, y le pagaremos su trabajo.

El hijo del santo anciano salió en seguida, y vió venir á su encuentro un jóven bien formado, de noble exterior, bondadoso y prudente, en traje de viajero y dispuesto á ponerse en marcha. No sabiendo que era un Ángel de Dios, le saludó y le dijo: ¿Quién eres, excelente jóven?—Soy uno de los hijos de Israel.—¿Sabes el camino de Rages, ciudad de los medos?—Lo sé perfectamente; he vivido en casa de Gabelo, nuestro hermano, que habita en Rages.—Espérame un instante, que voy á dar á mi padre esta noticia. Tobías, enterado de todo, dijo á su hijo que hiciese entrar al jóven extranjero, y se convino con él que acompañaria al jóven Tobías, y que á su regreso se le recompensaria. El venerable Patriarca dió su bendicion á los dos viajeros, y habiéndose despedido su hijo de sus padres, partió con su guia.

La constancia de la madre se habia sostenido bastante hasta el momento de la separacion; pero dominándola al momento el amor maternal, prorumpió en llanto y dijo á su marido: Has alejado de nosotros el báculo de nuestra vejez, ¡ojalá no hubieras tenido nunca ese dinero que envias á buscar!

El jóven Tobías, guiado por el Ángel, se alejaba en tanto cada vez mas. Hábiales seguido su perro. En la primera jornada llegaron á las orillas del Tigris, en cuyas aguas quiso lavarse Tobías los piés; pero hé aquí que de pronto se abalanza un monstruoso pez para devorarle. El jóven viajero exclamó en su terror: Señor, me va á tragar. El Ángel le tranquilizó, y le dijo que asiera el pez de las aletas y lo empujase hácia la orilla. Tobías sacó el pez á la arena y lo vió palpar á sus piés. Ábrelo, le dijo el Ángel, pon aparte el corazon, la hiel y el hígado, y te servirán un dia para hacer una curacion. En seguida pusieron á asar sobre carbones una parte de las carnes del animal, se las llevaron consigo, y salaron lo restante, que bastó para alimentarlos hasta el término de su viaje.

Despues de una larga marcha llegaron á las cercanias de una ciudad de Media. ¿Dónde quieres que nos hospedemos? preguntó Tobías. Y el Ángel respondió: Tienes aquí uno de tus próximos parientes llamado Raguel, con una hija única llamada Sara que el Señor te ha destinado con toda su fortuna. Pídesela á su padre, y no te la negará. Tobías le dijo: He sabido que ha estado casada siete

veces, y que todos sus maridos han sido muertos por el demonio; temo que me suceda otro tanto, y mis padres, de quienes soy el único apoyo, mueran de dolor. Nada temas, le dijo el Ángel; esos maridos fueron muertos por el demonio, porque no eran santas sus miras. En cuanto á tí, nada temas: vive en la inocencia y la oracion, y el demonio no ejercerá sobre tí imperio alguno.

Acababa de hablar el Ángel, cuando entraron en la casa de Raguel, el cual era un israelita lleno de honor, de franqueza y de religion, próximo pariente y amigo de Tobías el padre, á quien habia conocido mucho en su juventud. Recibió á sus huéspedes con alegría, no sabiendo sino que eran viajeros de su nacion; pero habiendo mirado detenidamente á Tobías, dijo en voz baja á su mujer: ¡Cuánto se parece ese jóven á mi primo Tobías! Y volviéndose en seguida á los viajeros, les preguntó: ¿De dónde sois, hermanos?—De la tribu de Neftalí, del número de los cautivos.—¿Conoceis á mi primo Tobías?—Le conocemos; y Raguel hizo de él un elogio. Hé aquí su hijo único, le dijo el Ángel. Raguel se arrojó á los brazos de su pariente, le bañó con sus lágrimas, y, teniéndole estrechamente abrazado, le dijo: Hijo mio, Dios te bendiga, porque eres hijo de un hombre de bien. Ana y Sara, que presenciaban este espectáculo, vertian tambien lágrimas de ternura.

Pasados los primeros transportes de una amistad tierna y reciproca, Raguel manda que se prepare la comida, y estando todo dispuesto, les invita á sentarse á su mesa. No aceptaré nada, dice Tobías, hasta que me concedais por esposa á vuestra hija Sara.

Un matrimonio decretado por el cielo y dirigido por un Ángel se arregla pronto en la tierra; Raguel, sin embargo, se aterró y vacilaba; pero el Ángel le tranquilizó, y él dió su consentimiento. Los convidados se sentaron entonces á la mesa, y se celebró un inocente banquete en que no cesaron de bendecir la misericordia de Dios, de la cual tan patentes señales recibian.

Raguel firmó el dia siguiente una escritura auténtica por la cual daba en lo presente al jóven Tobías la mitad de todos sus bienes, estipulando además que despues de su muerte y de la de su mujer le perteneceria tambien íntegra la otra mitad como único heredero suyo. Tanto agasajo y adelantos tan generosos imposibilitaban al parecer al jóven Tobías de resistirse á las instancias de su suegro que le suplicaba permaneciese dos semanas mas en su casa. Pero por otra parte, si debia mucho á Raguel, debia mas aun á sus padres, á quie-

nes la menor tardanza podria causar una mortal inquietud; en cumplimiento de sus mandatos, era preciso que continuase su viaje hasta Rages de Media para cobrar los diez talentos prestados á Gabelo.

En medio de su incertidumbre suplicó á su guia que fuera á Rages, entregara á Gabelo su obligacion, y le rogase que viniera á participar de los regocijos de sus bodas. El Ángel partió, cobró el dinero y trajo á Gabelo, el cual al ver al hijo de su bienhechor exclamó enternecido hasta derramar lágrimas: ¡El Dios de Israel te colme de favores, porque eres hijo de un hombre de bien! ¡Ojalá veas á tus hijos y á los hijos de tus hijos hasta la tercera y cuarta generacion! ¡Bendita sea tu raza y favorecida por el Dios de Israel que reina por los siglos de los siglos! Todos los circunstantes respondieron: Así sea. Honraron á Gabelo, y se renovó toda la alegría del festin de la boda, alegría moderada por el temor de Dios, de quien eran fieles adoradores todos los convidados.

Finalmente, cuando llegó el momento de partir, trataron de detener al jóven Tobías, pero respondió: Sé que mi padre y mi madre cuentan los dias, y que se hallan en la mayor inquietud. Raguel le entregó entonces su hija y con ella la mitad de todo cuanto poseia en siervos, siervas, rebaños, vacas, camellos y una gran cantidad de dinero. Los padres de Sara la abrazaron con ternura, y le dijeron: Honra á tu suegro y á tu suegra, ama á tu esposo, arregla tu familia, gobierna tu casa, y muéstrate irreprochable.

El viaje fue largo, pues llevaban numerosos rebaños que solo podian seguir lentamente. El Ángel dijo entonces á Tobías: Ya sabes en qué estado dejaste á tu padre y á tu madre; si te parece podemos adelantarnos; tu esposa, los criados, los rebaños y los bagajes nos seguirán, y anunciaremos su llegada. Toma lo que ha quedado de la hiel del pez, porque la necesitarás. Tobías se adhirió sin vacilar al parecer de su guia, y partieron.

Su diligencia no logró precaver la inquietud del anciano Tobías y de su esposa, que no oian hablar de su hijo, quien segun sus cálculos debia estar ya de vuelta. Sumiso siempre á los mandatos de la Providencia, Tobías se contentaba con decir de vez en cuando á su esposa Ana: ¿Por qué crees que tarda tanto mi hijo? Y los dos ancianos prorumpian en llanto. Pero nada podia calmar la inquietud de la madre de Tobías. ¡Ay! ay! hijo mio, decia bañada en lágrimas, ¿por qué te hemos enviado lejos de nosotros, á tí, la luz de nuestros ojos, el báculo de nuestra vejez, el único consuelo de nues-

tra vida? Y salia desconsolada de su casa todos los dias, miraba por todos lados, iba á la entrada de todos los caminos por donde le parecia debia volver, para verle de léjos si volvía.

El jóven Tobías se aproximaba en tanto con su guia, quien le indicó de qué modo curaria á su padre. Ana estaba, como acostumbraba, en el camino sobre una eminencia, para dominar toda la campiña; y como los ojos de una madre reconocen á un hijo á mayor distancia que los de los demás, le vió, le reconoció, y corrió á su casa á decir á su marido: Tu hijo viene. El perro que les habia seguido en el viaje corrió entonces delante, y como si fuera mensajero de la noticia de su llegada, manifestaba su alegría con el movimiento de su cola y con sus caricias. El padre de Tobías, aunque ciego, se levantó y empezó á correr tropezando á cada paso; y dando la mano á un criado, fué al encuentro de su hijo, y recibéndole en su seno, le abrazó; y su madre le abrazó tambien, y ambos se pusieron á llorar de gozo.

Sentáronse despues de haber adorado y dado gracias al Señor. El jóven Tobías tomó entonces la hiel del pez y frotó con ella los ojos de su padre, y al cabo de una media hora se desprendió una película blanca, y Tobías recobró la vista. Dió al Señor con la mayor efusion señales de su agradecimiento, y su hijo le contó, lo mismo que á su madre, todo cuanto el Señor habia hecho por él en su viaje.

Siete dias despues llegó Sara con la mas perfecta salud, lo mismo que todo lo que la acompañaba. No era de temer que una familia tan virtuosa faltase al sagrado deber del reconocimiento. Pasados los santos regocijos con que celebraron tantos acontecimientos felices, Tobías llamó á su hijo, y le dijo: ¿Qué podemos ofrecer á este santo varon que te ha servido de guia? Todo cuanto podríamos darle, respondió el jóven Tobías, no es nada en comparacion de los servicios que me ha prestado; pero os suplico, padre mio, que le preguntéis si se dignará aceptar la mitad de lo que he traído.

Llamaron al Ángel aparte, y le hicieron esta proposicion con razon sincero. El Ángel se dió á conocer entonces, y dijo al anciano Tobías: Cuando orábais con lágrimas, dábais sepultura á los muertos, privándoos para hacerlo de vuestra comida, y ocultábais los cadáveres durante el dia para enterrarlos por la noche, yo ofrecia vuestra oracion al Señor; porque soy Rafael, uno de los siete Ángeles que están siempre en pié delante del Señor. Al oír estas palabras, el padre y el hijo se postraron en el suelo, y el Ángel les

dijo: La paz sea con vosotros: no temais, es hora ya de que vuelva hácia el que me ha enviado; bendecid al Señor, y publicad todas sus maravillas. Y desapareció al momento.

Tobías vivió aun largo tiempo, y vió á su hijo y nietos marchar por la senda de la justicia. Despues de la muerte de su padre, el jóven Tobías volvió al lado de Raguel y su esposa, y fue su consuelo en los dias de su vejez; y él tambien á los noventa años de edad fué á reunirse con su padre, dejando en pos de sí una numerosa posteridad tan querida de Dios como de los hombres por las virtudes de que dió constantemente los mas hermosos ejemplos.

La historia de Tobías, como la de Judith, es sin contradiccion por sí misma uno de los mas interesantes episodios de nuestros libros santos; pero si se considera en sus relaciones con la preparacion del Mesías, adquiere repentinamente grandes proporciones, y se comprende mejor y se admira mas, porque se ve que ocupa un lugar importante en el plan general de la Providencia. Tal es el punto de vista sobre el cual la hemos considerado, como á la de Judith, y lo mismo harémos con la de Esther, de que vamos á ocuparnos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber sacado bien del mal haciendo servir de preparacion al reinado del Mesías el castigo de los israelitas y su dispersion entre los gentiles.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, profesaré el mayor respeto á mi padre y á mi madre.